

¿Deben los Católicos Intervenir en Política?

1. EL PROBLEMA ES DIFÍCIL

¿Cuál debe ser la conducta del católico frente a los problemas políticos? ¿Qué actitud tomarán los católicos de nuestro país en un futuro próximo? Una gran expectativa se ha suscitado frente a estas preguntas. Todos los ambientes ponen en nosotros su mirada: unos esperan que los católicos aporten la solución adecuada a la profunda crisis que sufrimos. Otros nos temen. Ni faltan tampoco quienes nos miren con escepticismo.

A cada paso y en los más diversos ambientes, desde los círculos intelectuales hasta los grupos obreros, oímos voces que claman. Por desgracia, el calor con que se discute torna con frecuencia difícil el juicio sereno. Muy explicable, por otra parte: tal es la tensión política que vivimos. Unos se quejan de nuestra intervención en esta clase de problemas; según ellos, además de estar dividiendo el país, estamos (lo que es más grave) enlodando la pureza del Evangelio con el barro de lo temporal. Otros, en cambio, se quejan de que nos retraigamos de una más activa y unificada participación política; nos achacan egoísmo y falta de sensibilidad por no decidarnos a poner nuestras fuerzas, indudablemente las más valiosas y sanas del país, al servicio del bien común en el campo específico de la actividad política.

El problema es delicado y complejo. Lo es por su naturaleza misma y por sus consecuencias. Las circunstancias en que nos movemos y el ambiente tenso que nos penetra lo hacen aún más delicado. En las filas mis-

mas de nuestros católicos abunda la confusión. Tengo entre manos una hoja firmada por un grupo que paladinamente se profesa católico. "Con dolor y preocupación" nos hablan de la responsabilidad de los católicos en el momento que atraviesa nuestra patria, para acabar defendiendo la enseñanza laica y la ley 1420. A estar a su juicio, al oponernos a esta ley, "que no es totalitaria", "ni lesiona la conciencia religiosa" estamos provocando la división de los argentinos y estamos embarcando a la Iglesia y a nosotros mismos "en un camino de desarrollo inevitablemente anticristiano y perjudicial al bien común". A los que así escriben no tenemos por qué no creerlos sinceros. Pero lo que afirman, además de indicar la carencia de conocimiento de lo que implica una confesada posición católica y su falta de captación de la médula misma del problema educacional, es un índice de la confusión reinante. Por lo demás, su caso nos resulta enteramente comprensible: el asunto educacional, por los especiales adjuntos en que se ha desenvuelto, ha tenido una extraordinaria resonancia política. Pocas pasiones ciegan tanto a los hombres como la pasión política. Los católicos no escapamos, desgraciadamente, a esta regla.

2. LOS CATÓLICOS Y EL ORDEN TEMPORAL

¿Deben o no los católicos, como tales, intervenir en política? Queremos responder a esta pregunta fundamentalmente y con claridad. Nos disgustaría ser mal interpreta-

dos y por ello estimamos necesario llevar el asunto a su misma base: ¿Debe la Iglesia y los católicos —en cuanto tales— intervenir en cuestiones que no son estrictamente religiosas? Entre estas cuestiones temporales, no estrictamente religiosas, está la actividad política.

A esta pregunta procuramos primero responder directamente. Sólo después procuraremos responder en concreto cuál debe ser la actitud del católico responsable y formado en el terreno político.

El cristiano, tal como Dios lo ha colocado en este mundo, debe desarrollarse en el orden material y en el espiritual, en el orden del cuerpo y en el del alma, en el orden natural y en el sobrenatural. Existen dos órdenes de actividad que el cristiano debe desarrollar si quiere realizar su destino y ser fiel al plan divino. Para satisfacer estos dos órdenes, para que el cristiano encuentre las condiciones necesarias para su desarrollo, Dios ha creado dos sociedades, perfecta cada una en su esfera: la Iglesia, rectora del orden sobrenatural y religioso; la sociedad civil, encargada de la organización temporal. Cada una de ellas es perfecta (es decir, cuenta en sí misma con todo lo que necesita para cumplir su propio fin) y desenvuelve su acción en planos diversos.

Sucede, empero, que el sujeto de estas dos sociedades, el hombre, es uno solo; ciudadano y cristiano no son dos personas. Su acción al mismo tiempo debe desarrollarse en las dos esferas. De donde resulta que estos dos órdenes no son enteramente independientes, ni desvinculados entre sí. Hay acciones humanas (y no son pocas) que caen al mismo tiempo en ambas esferas. Una continua interacción y un mutuo condicionamiento existe entre ellas: el destino extratemporal el hombre lo logra en medio de lo temporal en este mundo; la organización temporal hace más fácil o más difícil el ejercicio de los deberes morales y religiosos. Por otra parte, el destino extratemporal del hombre ilumina el camino de la sociedad terrestre: da sentido y finalidad a este mundo material en que nos movemos.

La Iglesia, por su constitución y por su misión, desarrolla su acción en el plano religioso. El orden de la Iglesia es primariamente el orden sobrenatural de la gracia, la cual el hombre no conquista, sino recibe como un don. Pero el hombre y la sociedad pueden obstaculizar este orden que pide cooperación humana. El hombre, mientras peregrina por esta tierra sumergido en medio de preocupaciones temporales, corre el peligro de ser desviado de su fin último. Lo atraen las riquezas, los placeres, el poder, las mismas empresas que entusiasman su acción. Pueden ser tales las angustias temporales en que se desenvuelve y su carencia de bienes que la práctica de la virtud se convierta en acto heroico. Todo esto no es, ni puede ser indiferente a la Iglesia y a los católicos.

De lo dicho se sigue que la Iglesia, si es fiel a su misión, para cuidar del fin sobrenatural de los hombres, debe intervenir con frecuencia en problemas que no son estrictamente religiosos, pero que se relacionan con ellos. Al intervenir lo hace *por motivos religiosos*. Insistimos sobre ello: por motivos religiosos, es decir, que cuando la Iglesia interviene en el orden social, político, económico, educacional, artístico, etc., lo hace para cumplir su misión religiosa, para que la política, la economía, etc. no se opongan al fin del hombre ni al orden moral, sino que, acordes con él, hagan más fácil al cristianismo y al hombre el logro efectivo de su fin.

A la Iglesia le interesa directamente lo espiritual y sólo indirectamente lo temporal. De ningún modo significa esto que disminuya el valor de la actividad temporal o la desprecie. Muy por el contrario, le da toda la importancia que tiene y la cree digna de que un cristiano aplique a ella su inteligencia y su voluntad, su esfuerzo y su trabajo, hasta lograr consolidar y mantener un orden acorde con la dignidad humana. Sólo que jamás admitirá que aquí acabe la misión del hombre y de la humanidad.

Cuando la Iglesia y los católicos intervienen en las cuestiones temporales no salen de su esfera, ni invaden jurisdicciones que no les pertenecen. Esta acusación repetida

con harta frecuencia y en los más diversos tonos no tiene fundamento. Un ejemplo, tomado de la vida cotidiana, nos ayudará a aclarar lo que decimos: En una determinada familia, desde hace tiempo y como sistemáticamente, sus miembros sufren una serie de trastornos en su salud. Acuden al médico y éste prescribe un cambio en el régimen alimenticio. Se da orden a la cocinera de que se sujete a tales prescripciones, pero sucede que la cocinera protesta. Sostiene que el médico invade su jurisdicción. "El médico en su consultorio, dice, yo en la cocina, y ambos en paz". Según ella, médico y cocinera son dos cosas diversas, cada una con su propio fin y no tienen por qué interferirse.

Ni más, ni menos, quienes achacan a la Iglesia invadir esferas ajenas cuando traspasa el límite de lo estrictamente religioso. Ella da principios iluminantes y rectores, da también normas concretas y prescribe actitudes en determinados momentos, aprueba o condena determinadas medidas. Al hacerlo, pretende el bien sobrenatural de sus hijos. No pretende regir lo temporal, sino encuadrarlo dentro de su-s límites y ordenarlo al fin que, por su naturaleza y por vo-

luntad de Dios, le corresponde. Si no lo hiciera, no cumpliría su misión.

No nos permite el espacio de que disponemos desarrollar otros títulos que obligan a la Iglesia a intervenir en lo no estrictamente religioso. Tales serían la dinámica misma del cristianismo, que, como concepción total de la vida del hombre, debe repercutir y transformar las instituciones humanas, el irrenunciable derecho y obligación de la Iglesia de velar por las acciones libres de los hombres, en cualquier plano que se realicen, procurando su adecuación con la ley moral y el derecho natural de la que es intérprete supremo; la necesidad que tienen los hombres de un minimum de bienestar y tranquilidad temporales para llevar una vida acorde a su dignidad y conseguir con mayor facilidad su fin sobrenatural. Esperamos haber dejado en claro por qué la Iglesia y los católicos, en cuanto tales, tienen derecho y están obligados a llevar su acción más allá de lo estrictamente religioso y que el plano de lo temporal no les puede ser indiferente. Muy altos valores están en juego.

ARGENTINO MOYANO
San Miguel